

Alberto Rieed.

## BOLICHON . . . HOTEL

**U**NA rata antigua, se escabulle entre siete pesas kilogramétricas de hierro.

Yacen los siete poliedros, como ataúdes, bajo la cubierta de este mesón de cantina.

El roedor arestiniento, pleno de confianza, pasea sobre la inercia absoluta de las pesas macabras.

Un gatito negro, de pocos días, duerme allí mismo, bajo el mostrador paternal.

A la grávida sombra de esta pasada media noche en cinta, el felino y la rata alimentan sus vidas regaladas, al amparo de la indiferencia protectora del extranjero vestido de blusa blanca que escancia perpetuamente el vino.



Ah, sí! . . . El hombre es también dueño de este edificio endeble, de cinco pisos, construído de maderas y tabiques de adobillos; manoseado por las caricias de la renta. Podría incendiarse ahora mismo, o más tarde, al amanecer, cuando todos durmieran, reduciéndome a un recuerdo inquietante para muchos; flácido como los senos de una mujer vieja, para otros; destestado por alguna hembra histérica y sensual, que dormiría la' pesadilla, estrechamente abrazada a mis las-

civos ósculos, embriagada entre las sábanas de mi propia cama.

■

La borrachera se halla penada en un cartel ilegible que hay enfrente. Quizás si lo han impreso con caracteres diminutos, para no castigar a nadie.

La ley, impertinente, está ahí, crucificada contra el muro. Todos estos beodos la ven. La ley... con sus artículos preñados del dolor humano.

■

Copiosas lágrimas y fraternos abrazos; Imprecaciones; Exagerada filantropía que no altera la máscara rubicunda del comerciante.

Sin el dinero, que el hombre debe ganar siempre, el amor es una mitología.

■

Bajo el pálio báquico, confianzudo y generoso de este figón, ha vuelto a transitar la rata, por encima de los poliedros de hierro fundido, junto al gatito durmiente. Pasea por las oscuras callejas y vericuetos de su ciudad, hedionda a vino usado, a alcohol y a fiambres comistrajos.

■

El ebrio es un ser diferenciado. También la mujer lo explota como al artista; pero es distinto, sí, distinto. Las hembras expolían todo momento como éste en que el poeta ausculta el fárrago mal digerido de esta venganza. Se embriaga para hundir el bolo espiritual entre el tremendo cosquilleo digestivo y casi mortuorio de esta endeble incomprensión.

■

Una sola ampolleta eléctrica, maculada por la defecación de generaciones de dípteros domésticos, ilumina todavía el bolichón maloliente a vino usado y un reloj de péndulo, majadero, tañe una sonata elemental con sólo tres notas insocrónicas... Tres... Una... dos... tres...

—«¿Las trrress?»... pregunta con voz tartajosa el amigo de la infancia. «Sí, las tres!»

Y el cráneo basto, relleno de vino tinto, se desploma pesadamente sobre el mesón ensangrentándolo como en un crimen.



El alemán de la blusa blanca cuenta dineros y de improviso ladra: «Raus!» Afuera luego, afuera! De una bofetada metafórica y recia, que retumba, extingue la única luz.



Oscuro,... oscuro... A fuerza de diástoles y sístoles de mi corazón, un hombre maduro sube mil peldaños de una sebosa escalera. Llega muy arriba, a un cuarto igual que un nicho temporal.

Cae también este hombre, desaplomado, sobre un lecho, hediondo a resabios de promiscuidad provinciana y seguramente vigilado muy de cerca, por siete millones de chinches... Hotel.